

## “PISTOLAS PARA EL NIÑO, MUÑECAS PARA LA NIÑA”

LA INFLUENCIA DE LOS CONDICIONAMIENTOS SOCIALES  
EN LA FORMACIÓN DEL ROL FEMENINO,  
EN LOS PRIMEROS AÑOS DE VIDA



ELENA GIANINI BELOTTI

ESCUELA DE ASISTENTES DE LA INFANCIA MONTESSORI-ITALIA

- “Mamá me ha dicho que la escoba no me la compra”.  
- “¿Y por qué no te la compra?”  
- “Porque soy un varón”.

DIÁLOGO ENTRE UN NIÑO DE DOS AÑOS Y MEDIO Y SU ASISTENTE EN LA GUARDERÍA

### Resumen

En el siguiente trabajo se parte de la tesis de que los condicionamientos culturales impartidos por la familia y la sociedad, y no unos mágicos factores innatos, determinan las diferencias de carácter entre hombres y mujeres. La autora basa sus ideas en la observación cotidiana, permitiendo seguir sin mayores complicaciones la confirmación de las diferencias sexuales impuestas a los niños, a quienes se niega todo derecho a la diversidad individual. Este trabajo, más que establecer denuncias, se postula como un llamado de reflexión a las personas que lidian cotidianamente con niños.

### Abstract «Guns for the boy, dolls for the girl» The influence of the social condicionamientos in the formation of the feminine list, in the first years of life

In the following work he leaves of the thesis that the cultural condicionamientos imparted by the family and the society, and not some magic innate factors, determine the differences of character between men and women. The author bases her ideas on the daily observation, allowing to continue without more complications the confirmation of the sexual differences imposed the children to who she refuses all right to the individual diversity. This work, more than to establish accusations, it is postulated as a reflection call to people that fight daily with children.



En el niño la tendencia a jugar es ciertamente innata, pero las formas en las cuales el juego se expresa, sus reglas, sus objetos, son indudablemente el producto de una cultura. El patrimonio lúdico es transmitido de generación en generación, de adultos a niños, de niños más grandes a niños más pequeños, y las variaciones de un paso a otro son limitadas.

*“Los juegos inventados son muy raros y efímeros: las más de las veces la invención se limita a modificaciones involuntarias en los pequeños y a modificaciones progresivas y muy limitadas entre los grandes de doce o más años. Es el grupo el que suministra los ritos, sean motores o vocales. Ahora bien, estos ritos, en su mayor parte, provienen de los adultos. Se puede a menudo encontrar en nuestro pasado y en las tribus primitivas, la fuente de los juegos que son practicados por nuestros niños”* (Chateau, 1968: 222).

Cuando los adultos pretenden que el niño haga él mismo la elección de los juegos, no piensan que para manifestar preferencia por un juego o por otro, debe haberlo aprendido de alguien. Y éste ya ha hecho una elección él mismo dentro del margen de las probabilidades que se le ofrecen, en cuanto al material para jugar que se encuentra fácilmente y que está disponible. En fin, juegos y juguetes son fruto de una cultura precisa en cuyo ámbito se pueden hacer opciones en apariencia amplias, pero en realidad demasiado limitadas. En este campo la diferenciación en base al sexo surge como particular evidencia. La mayor parte de los juguetes en el comercio están estrechamente concebidas para varones o para hembras en vista de los diversos roles y expectativas.

El problema de qué juguetes regalar se presenta desde la más tierna edad. Puesto que los niños no están en capacidad de mantener en la mano objetos hasta los cuatro o cinco meses, hasta ese período la atención de los adultos se concentra sobre los estímulos visuales.

No ahondaremos acerca del tema de la decoración diferenciada del cuarto del niño. Es muy reciente el uso de colgar en el cuarto del recién nacido, móviles, es decir, composiciones de papel, madera liviana, metal o plástico, redes de estructura metálica suspendidas por hilos de nylon, que se mueven fácilmente con cualquier soplo de aire y atraen y detienen la atención del niño pájaros, animales, formas abstractas, barcos, flores, veleros, etc. He asistido varias veces a la elección de estos juegos, que constituyen estímulos visuales muy útiles para niños de un mes y medio en adelante, y he observado que la selección era efectuada con base en dos requisitos fundamentales: el color vivo

del objeto y lo que representaba. Mientras el color no constituía un problema en función del sexo del niño, excepto el famoso rosado proscrito para los varones, el objeto representado era fuente de innumerables consideraciones. Veleros, barcos, canoas, automóviles, caballos, formas abstractas de variados colores y dimensiones eran escogidos exclusivamente para los varones; pájaros, patos, cigüeñas, peces, gallinas, animales de circo, baloncitos variados, formas geométricas coloreadas eran escogidas indiferentemente para uno y para otro sexo; flores, ángeles, copos de nieve, muñequitas, eran escogidos exclusivamente para las niñas. La propuesta provocadora de adquirir, por ejemplo, un móvil representando una flotilla de naves, era siempre rechazada con energía si la destinataria era una recién nacida y la explicación era simple y segura, de las que no consienten réplicas: “no era adecuado para una niña”.

Los diversos sonajeros, cascabeles y pequeños objetos para dar en la mano al niño o para colgar sobre la cuna, respetan la ley del rosado y el celeste.

Cuando se llega al muñeco de goma o de trapo, la selección es más rigurosa. Las verdaderas muñequitas, las que tienen un aspecto inequívocamente femenino, están reservadas a las niñas; los animales son ofrecidos a los dos. Algunas veces se les da muñecos a los varones, siempre que sean sin equivocación identificables como pertenecientes el sexo masculino. Para ellos, la muñeca está prohibida desde la más tierna edad.

Cuando se da una muñeca o un animal de goma o de trapo a una niña chiquita, no nos contentamos con ofrecerla simplemente y permanecer observando qué hará, sino que se le muestra también cómo se la tiene en brazos y cómo se mece; esta demostración de “atención parental” no se le da a su coetáneo varón, porque mecer a los niños no entra en el patrimonio gestual de las manifestaciones afectivas de los varones. En consecuencia, se ven niñas de apenas diez-once meses que ya han adquirido el reflejo condicionado de mecer muñecas, y apenas se le da en mano una muñequita o un muñeco, se lo estrechan al pecho y lo arrullan. Los adultos olvidan que este comportamiento es solamente el resultado de sus instrucciones, evocando el “milagro biológico”: “tan pequeña, ya tiene el instinto materno”. Esto les llena de alegría porque el fenómeno es percibido como el síntoma tranquilizante de la normalidad. Es muy curioso observar cómo los varones de la misma edad, no enseñados como las niñas, mantienen en brazos los mismos muñecos de una forma mucho más casual, por ejemplo manteniéndolos derechos y no distendidos, pasándoles un brazo alrededor del cuello, apretándolos o, sin rodeos, aplastándoles la cabeza. En cada caso el mecerlos está casi ausente.

Es muy común que en el momento de irse a dormir los niños pidan tener con ellos una muñeca o un osito o cualquier otro animal suave al cual son particularmente aficionados; mientras a menudo las niñas llevan a la cama una muñeca es raro que esto le sea permitido a los varoncitos. Si verdaderamente quieren llevarse un compañero para dormir con ellos, un muñeco o animal, tiene que ser de su mismo sexo.

Sucesivamente se insistirá para que las niñas continúen jugando con las muñecas, puesto que este juego se considera como un verdadero y justo adiestramiento para la futura función de madre; mientras que el varoncito que manifieste preferencias de este género será persuadido y empujado hacia tipos de juegos agresivos y competitivos.

Cuando el varoncito pretende jugar con las muñecas en grupos mixtos de niños y niñas, la cosa es tolerada porque en este caso le será dada la forma de asumir el rol de padre, marido, hijo, aprobados y reconocidos como masculinos. “Hagamos que yo soy el papá y tú la mamá”, o también: “Hagamos de que yo era el hijo y tú la mamá”. En este juego, ampliamente liberador, las muñecas son regañadas, rotas, golpeadas, castigadas, en una palabra se le imparten las mismas prohibiciones que los niños reciben de sus padres.

Hasta la edad de cinco-seis años aproximadamente, niños y niñas aman de la misma forma los juegos de imitación de las actividades domésticas, desean con ardor participar en las actividades domésticas de la madre, que tienen una gran fascinación a causa de los elementos usados: agua, fuego, alimentos, verduras lavadas y luego cortadas en pedacitos, trituradas, mezcladas, que cambian de aspecto y consistencia con la cocción, son coladas, amalgamadas, condimentadas; toda una serie de actividades que constituyen experiencias estimulantes y atrayentes para los niños. Mientras la niña a esa edad, pasa sin advertirse del juego imitativo a la verdadera y propia participación en las actividades maternas del hogar, y está feliz y orgullosa de que se le pida en la medida de su capacidad esta participación, con amplio margen para el elemento juego, el niño poco a poco reniega de ellas y las cancela de su repertorio.

Después de los cinco-seis años el camino de los dos sexos diverge profundamente: mientras que, por un lado, los niños ven a partir de ese momento, los trabajos domésticos con un desprecio que se debe al logrado conocimiento de que aquello jamás será su mundo, las niñas son llevadas a la fuerza a su identificación con la madre por sus demandas de ayuda. El recordarle a las niñas sus futuros deberes, los niños que tendrán, su casa, el marido al cual atender, serán repeticiones urgentes; continuas; tal es el convencimiento de que si se dejara libres a las niñas,

despreciarían las tareas domésticas igual que los varones. No se trata por tanto del simple aprendizaje de ciertas habilidades, sino de un verdadero condicionamiento perpetrado con el objetivo de volver automáticas estas obligaciones. En efecto, si la intención de los adultos no fuera ésta, bastarían pocos meses de enseñanza intensiva antes del matrimonio para que la joven aprendiera a dirigir una casa: los trabajos domésticos son tan banales que cualquiera puede aprenderlo perfectamente en muy poco tiempo. Pero los adultos saben muy bien que si no se produce un condicionamiento en la edad adecuada, es decir, aquélla en la cual la crítica y la rebelión son improbables, será mucho más difícil obtener estas prestaciones más tarde. El orden familiar y social exige que las mujeres acepten someterse a esta vocación de adeptas a los servicios domésticos, puesto que su rechazo pondría en crisis a la vez, a la casta masculina, condicionada a hacerse servir y a la estructura social completa, que rehusa soportar los costos del trabajo doméstico femenino y los costos necesarios para la implantación de una organización que lo sustituya.

## Juguetes “correctos” y “equivocados”

Los negociantes de juguetes saben muy bien que quien adquiere un juguete para regalar tiene siempre presente el sexo del niño, tan es verdad que a la genérica pregunta: “Quisiera un juguete adecuado para un niño de dos años”, responden: “¿Para un niño o para una niña?”. Existen, es verdad, juegos por así decir neutros, es decir, considerados como adecuados para niños de ambos sexos, y son en general los compuestos de materiales no estructurados, como los infinitos tipos de construcción, mosaicos, rompecabezas, ensamblajes, materiales maleables como la plastilina y similares, colores para dibujar y pintar, instrumentos musicales, etc. (aunque las trompetas y los tambores, por ejemplo, son considerados como instrumentos exclusivamente masculinos). Cuando se entra en el campo de los juegos compuestos de elementos perfectamente identificables y estructurados, la diferenciación se hace neta. Para las niñas existe una vastísima gama de objetos miniaturizados que imitan utensilios domésticos, como jueguitos de cocina y de toilette, maletín de enfermera acompañado de termómetro, vendas, inyectadoras y esparadrapo; ambientes interiores, como baños, cocinas completas, con aparatos electrodomésticos, salones, cuartos, cuarto de recién nacido; juegos completos para coser y bordar, plancha, servicio de té, aparatos electrodomésticos, cochecitos para

muñecas y la serie infinita de muñecas con su vestuario. Para los varoncitos lo que se le ofrece es completamente diferente: medios de transporte terrestre, naval y aéreo de todas las dimensiones y de todos los tipos; naves de guerra, portaaviones, misiles nucleares, naves espaciales, armas de todas clases, desde la pistola de cowboy perfectamente imitada hasta ciertos siniestros fusiles-ametralladoras que son solamente diferentes de los verdaderos por su menor peligrosidad; espadas, sables arcos y flechas; un verdadero arsenal militar.

Entre estos dos grupos de juegos no hay lugar para las opciones tolerantes, para la cesión. Ni siquiera el padre más ansioso por seguir las inclinaciones y deseos del hijo en la elección de los juguetes, consentirá en el caso, de que éste se lo pidiese, de adquirir un fusil-ametralladora para la niña o una vajilla de platos y vasos para el varón. Le será imposible, lo vivirá como un sacrilegio.

Por otra parte, la diferenciación en los juegos impuesta a los varones y a las hembras es tal, que los gustos “particulares” en cosas de juego después de la edad de cuatro-cinco años, comienzan verdaderamente a significar que el niño o la niña no han aceptado su rol y que por tanto algo no ha funcionado.

Aun cuando se trata de juegos «neutros», es decir, adaptados para los niños de ambos sexos, la intención de que sean usados más por los varones que por las hembras, o viceversa, resulta a menudo evidente por las ilustraciones que adornan las cajas y los envoltorios. Típico de esto son las construcciones en plástico *Lego*, sobre cuyas cajas aparecen exclusivamente varoncitos que construyen rascacielos, torres, tanques armados, casas, etc. La misma marca *Lego*, sin embargo, ha puesto en venta cajas especiales de construcciones para niñas en las cuales, para variar, están contenidos los elementos adecuados para construir ambientes interiores para la cocina, comprendiendo nevera, lavadora, lavaplatos, también salones, baños, cuartos, y así por el estilo. En este caso obviamente, la imagen del niño sobre la caja desaparece para dejar el lugar a la de la niña, la futura esposa-madre consumidora. Desde hace un tiempo, sobre el envoltorio de una conocida marca de patatas fritas, aparece el dibujo estilizado de una niña y la precisión “para las niñas”. En el dorso del envoltorio el discurso es más explícito: “¡Niñas!: Esta confección contiene un juguete-sorpresa. Pueden encontrar: ollitas, servicios, cazuelitas, ganchos para el cabello, brazaletes, anillitos, polveras, peines, planchas, cochecitos, muñequitas y tantos otros juguetes simpáticos”. Las dos direcciones básicas para la educación de las niñas son perfectamente respetadas en la lista de los juguetes ofrecidos: el cuidado de la casa y el cuidado de la propia belleza. Sobre el envoltorio correspondiente para los

“varones” se puede leer: “¡Muchachos!: Esta confección contiene un juguete-sorpresa. Pueden encontrar: soldaditos, aviones, tanques armados, modelos de autos antiguos y de naves; el juego de la pulga, pistola de resorte, pitos, trenes, distintivos de equipos de fútbol y tantos, tantos otros simpáticos juguetes”. Es decir, todo siguiendo la norma.

Los padres sostienen que los niños escogen espontáneamente los juguetes adaptados a su sexo, manifestando tendencias muy precisas. Es muy común ver un niño delante de una vitrina de un negocio de juguetes, insistir hasta la crisis histérica para obtener que los padres le compren un automóvil, un aeroplano o un fusil. A menudo los padres se niegan aduciendo variadas razones (cuesta mucho, ya tienes otros, etc.) pero no por considerarlos inapropiados para él. La fijación del niño se instaure por tanto en la certeza de que aquél es un juguete *permitido* y luego sigue una serie infinita de propuestas y de ofertas propias de aquel tipo de juguete y una serie igual de largas negaciones a la demanda de juegos diversos. La obstinación del niño para obtener justamente aquel juguete no es sino una ulterior pseudo-elección entre las elecciones ya operadas a priori por los adultos. El adulto, en efecto, antes o después cede ante estas insistencias infantiles, mientras es mucho más raro que lo haga cuando la insistencia se basa sobre elecciones consideradas equivocadas.

He escuchado a un niño de aproximadamente cinco años que seguía a la madre al supermercado, insistir durante todo el trayecto de la compra para que le compraran un jabón para lavar la ropa. “¿Pero cuándo hago yo el lavado?”, preguntaba el niño con tenacidad. “Tú no puedes hacerlo”, le respondía la madre inflexible; “tú eres un varón”. “Pero yo quiero lavar con el jabón”, insistía el niño y la madre ni siquiera le respondía, hasta que el niño se fue hasta un estante, tomó un pedazo de jabón y lo puso en el carrito. La madre encolerizada lo devolvió a su puesto y lo regañó severamente. El niño en ese momento comenzó a llorar de rabia. Pero la madre se mantuvo firme. Ciertamente después de un rechazo tan significativo e inapelable, aquel niño no probará más pedir el jabón para lavar, orientará sus demandas hacia otros objetos que habrá aprendido a reconocer como aceptados.

Una joven mujer me contaba que se acordaba perfectamente todavía del agudo sentimiento de culpa que sintió cuando, a los siete años, había sorprendido a su madre lamentarse con una amiga de que a ella no le gustaba jugar con las muñecas; desde aquel momento en adelante se esforzó por hacerlo, deseosa de corresponder a cualquier costo a las expectativas de la madre, de ser aprobada por ella y de complacerla, pero continuaba prefiriendo los juegos de movimiento. He tenido la ocasión de observar a

menudo, en las guarderías donde se deja al niño la libre elección entre juguetes, objetos y actividad, que las niñas juegan tanto como los niños con automóviles, aviones, naves, etc., hasta alrededor de los tres años. He visto niñas de 18-20 meses pasar horas y horas sacando de un saco de tela una serie de pequeños automóviles, aviones, helicópteros, naves, trenes, alinearlos sobre la alfombra y desarreglarlos con el mismo placer y la misma concentración que los varoncitos. De la misma forma se pueden observar niños que pasan la mañana lavando, limpiando mesitas, puliendo los zapatos.

Más tarde este fenómeno desaparece: los niños ya han aprendido a pedir el juguete “justo” porque saben que el “equivocado” les será negado.

Una maestra de preescolar, particularmente sensible a estos problemas, me refería que cuando había llevado a clase un juego de tornillos, pernos, destornilladores, etc., una niña excitada y con la cara roja por la alegría se había posesionado del juego, pero mientras se dirigía hacia una mesita con el tesoro apenas conquistado, un varoncito de aproximadamente cuatro años, se le había precipitado encima buscando quitarle el juego. La maestra había intervenido diciendo que él lo tendría más tarde, cuando la niña hubiese acabado de usarlo, y el niño había reaccionado diciendo: “¡Si es mío, es un juego de varones!”. La maestra aclaró que no existían juegos para varones y juegos para hembras, sino que todos los juegos eran iguales y todos los niños podían hacerlos. El niño quedó estupefacto, mirando a la maestra como si fuera una loca, y dio vueltas lentamente alrededor de la niña, con un aire profundamente perplejo, que indicaba el estado de ánimo de quien ha asistido a la violación de una ley considerada como inapelable y por lo que no quedaría en paz. Sería deseable que violaciones similares se produjeran más a menudo, ya sea de parte de los padres, como de parte de los maestros. Si la maestra no hubiera aclarado su punto de vista, ambos niños hubieran recibido la confirmación de todo lo que ya sabemos a propósito de los juguetes para varones y hembras y de todo lo que esta discriminación comporta, pero la niña hubiera quedado mortificada y vuelta a empujar a su condición de inferioridad y el niño habría obtenido la confirmación de su superioridad.



## Los juegos infantiles y la realidad social

En los juegos de los niños y en el uso que éstos hacen de los juguetes es más evidente que nunca la reproducción de la realidad social en la que viven. Charles Bried refiere:

*“Algunas encuestas americanas han permitido establecer una lista de juegos clasificados según su “índice de masculinidad y de feminidad”. En uno de los extremos de esta lista se encuentran los juegos de muñecas y los concernientes a las actividades domésticas; en la otra los juegos de construcciones y que comportan el empleo de utensilios, es decir, todavía una vez más, actividades correspondientes a las ocupaciones sociales características de cada sexo en la edad adulta” (1968: 346).*

Este fenómeno es tan claro que llena de estupor la forma como Erikson (1967) recurre al improbable concepto biológico del “espacio interior” para explicar el uso diferente que grupos de niñas y niños de los diez a los doce años, hacen de un cierto número de juguetes escogidos casualmente, al ser invitados a construir de a uno, sobre una mesa apropiada, “escenas excitantes tomadas de un film imaginario”. Erikson confiesa que, a medida que el juego se desarrolla bajo sus ojos, se daba cuenta de la real expectativa con que los niños construían un cierto tipo de escenas y las niñas un tipo muy diferente, cosa que se verificó exactamente. Las niñas, en efecto, construían escenas de ambientes familiares, generalmente cerrados, rodeados de muebles; mientras que los varones construían escenas exteriores con rascacielos, torres, calles y plazas, llenas de tráfico y así otras cosas. Erikson interpreta estas realizaciones diferentes de varones y hembras en sentido “genital”, es decir, ve en las escenas “exteriores”, abierta de los varones, una relación con los órganos

externos,  
eréctiles,

intrusivos. Queda por demostrar si las niñas a los diez-doce años, son ya conscientes de poseer una vagina, mientras que es obvio que los varoncitos conocen bien sus genitales y sus características relativas, y también se debería demostrar si es verdad esta “noción” biológica inconstante que influye sus realizaciones. Erikson, en forma subordinada, considera también los orígenes sociales de estas escenas: el varón agresivo, empujado a realizar, a alcanzar en el mundo una posición elevada e independiente, y las niñas que “expresan la concentración de su interés sobre el deber intuitivo de atender una casa y criar a los niños”. Pero su tesis principal queda como el concepto “espacial” diferente para los varones y las hembras, y dependiente de su respectiva anatomía sexual. Ni siquiera el episodio del niño negro que construye su escena igualmente “masculina” debajo de la mesa en vez de arriba, lo ilumina. Erikson comenta: “De tal forma él da una elocuente expresión al significado de su sonriente sumisión: él conoce su puesto”. El niño negro sabe que es un varón y contemporáneamente sabe que pertenece a su raza, en su familia y en su ambiente social ha recogido un pobre mensaje, es decir, el de la realidad de los roles diferentes para los dos sexos y la otra innegable realidad de la inferioridad y subordinación de los de su raza a los blancos. Las niñas, con sus repetidas representaciones de interiores de casas donde se desarrollan las consecuentes escenas familiares, demuestran haber comprendido otro tanto y bien que aquél es su puesto”.

Niñas, niños, inclusive el niño negro, no hacen otra cosa que corresponder a las expectativas de los adultos, según comprendió Erikson.

Se puede dar también que a los diez-doce años los varones se identifiquen con su órgano genital “intrusivo y eréctil” construyendo rascacielos y torres que se le asemejan, como también puede darse que las niñas de alguna manera “sepan” que tienen un espacio interior llamado vagina, pero puede dudarse de que sean susceptibles a estas sensaciones fisiológicas subjetivas, más bien que a las reales, generalizadas, vividas, experimentadas, de los roles diversos actividad-externa de los varones y pasividad-interna de las hembras.

Los juegos de las niñas que se desarrollan en el encierro de las paredes domésticas son a menudo interrumpidos, pospuestos o negados para que ayuden en las tareas de la casa, mientras que esto sucede raramente con los varones, a los cuales por tanto se les deja más tiempo para jugar. Mientras los varones maduran la convicción de tener derecho

al juego, las niñas se persuaden de tener derecho puesto que han cumplido con su deber, que consiste justamente en ser útiles. A ellas es a quienes se les pide generalmente mayor control en los juegos de movimiento, mayor orden, mayor atención para no molestar a los otros.

Existen, es verdad cada vez más familias en las cuales se les pide servicios diversos también a los niños, pero en general son seleccionados entre los considerados como más adaptados a los varones, es decir, susceptibles de no ofender su “dignidad”; además se les pide con menos frecuencia, y el hecho de que el niño no lo acepte, como a menudo sucede, no es cargado por un sentimiento particular de culpa, como sucede para la niña, a la cual se le repite a menudo: “¿Cómo harás cuando seas mayor, si desde ahora no te comportas como una buena damita?”. La frase correspondiente: “¿Cómo harás de mayor si no te vuelves desde ahora en un buen hombrecito?” tiene todo otro significado, admitiendo que los padres se sirvan de esto: el buen hombrecito es aquél que saldrá de la casa y ganará el dinero para el bienestar de la familia, no aquél que ayude a la mamá a lavar los platos o a levantar la mesa.

Apenas estos servicios cesan de representar una atracción para volverse un aburrido deber, el varoncito aprende la táctica para defenderse y no hacerlo seguro de que quedará impune. En el fondo los adultos se maravillan mucho más cuando acepta prestarse en una ayuda doméstica que cuando trata de evitarlo.

A un mayor respeto por el juego de los varones, se añade un mayor respeto por su ocio. El llamado ocio de los niños es muy a menudo la necesidad, común también en el adulto, de pensar en los hechos propios en santa paz, de dar libre curso a la imaginación, de restablecer los canales de comunicación con la propia intimidad. Justamente de estos momentos de pausa el niño se despierta recargado de nuevas energías, listo para echarse de cabeza en nuevas experiencias. El respeto del adulto por el ocio infantil (que ciertamente no es ocio) refleja la diferente consideración por los dos sexos. El respeto por el ocio del varón continuará siendo mayor aún en la edad adulta. Los momentos en los cuales el hombre está libre del trabajo son sagrados para toda la familia: la esposa, que también ha trabajado otro tanto y a menudo está más cansada que el marido, hace todo para que el reposo de su marido sea respetado por los hijos (E)

Mediateca feminista  
Mérida, alrofe@etheron.net

## Bibliografía

- BRIED, CHARLES (1968) “Gli scolari e le scolare”. En: DEBESSE, MAURICE. *Psicologia dell'età evolutiva*. Roma: Armando.  
CHATEAU, JEAN (1968) “Il gioco del fanciullo”. En: DEBESSE, MAURICE. *Psicologia dell'età evolutiva*. Roma: Armando.  
ERIKSON, ERIK (1967) *Infanzia e società*. Roma: Armando.